



Isaac Belmar

TRES REINAS CRUELES

2ª edición

El lector sabrá y percibirá que detrás de cada capítulo, hay una pequeña maravilla.
[...] Es un libro con un lenguaje magnífico que nos hablará de recorrer un camino
con una ficción que cautivará a aquel lector que quiera leer «algo más»

[Abrir un Libro](#)

TRES REINAS CRUELES

Isaac Belmar

Primera edición: © 2016. Editorial Libros.com

Segunda edición: © 2018. Isaac Belmar

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser copiado o reproducido por ningún medio, en todo o en parte, sin el permiso expreso del autor.

Puede contactar para ello en <http://www.hojaenblanco.com>

Tres reinas crueles

1. [Se cerraban las ventanas a su paso](#)
2. [Lo que un puñado de hombres sabría](#)
3. [Al final de todos los giros a la izquierda](#)
4. [Las reglas de menos de nueve palabras](#)
5. [Tres reinas crueles](#)
6. [El justo y bondadoso](#)
7. [Despertarás a mamá](#)
8. [El amor por los mapas](#)
9. [Es una foto muy bonita](#)
10. [El cuento que nos volvió a todos crueles](#)
11. [Hacia tierras de costas bárbaras](#)
12. [Caminaré, me gusta caminar](#)
13. [Las estrellas adecuadas](#)
14. [El calor de los fuegos](#)
15. [Hablo de la mala suerte](#)
16. [Lo que la niebla nos devolvió](#)
17. [Vivir, aunque sea roto](#)
18. [El loto negro](#)
19. [Los hijos de los Trausi](#)
20. [La muerte del deseo](#)
21. [Amelia, la de los ojos verdes](#)
22. [Sara](#)

23. [El polvo de los viejos caminos](#)
24. [Porque es la única manera](#)
25. [En realidad no es sangre](#)
26. [Esperando a Godot](#)
27. [Cuéntame una historia](#)
28. [El bosque joven](#)
29. [El asiento de los trescientos años](#)
30. [Un algo triste por las mañanas](#)
31. [El derecho a cansarse](#)
32. [El ladrido de la madama](#)
33. [Me quiero follar a esa melancolía](#)
34. [Los Miserables](#)
35. [Mientras estés vivo, no habrá paz](#)
36. [Me has roto algo](#)
37. [Rosa al mezclarse con el agua](#)
38. [El hombre contrahecho](#)
39. [El carrito con ruedas](#)
40. [El mejor libro](#)
41. [Treinta pasos después](#)
42. [La casa del sol naciente](#)
43. [El pobre idiota a los pies de ella](#)
44. [La puerta de la segunda oportunidad](#)
45. [La ciudad de los Cimerios](#)
46. [Cronos](#)
47. [El centro de la vida, donde las cosas son normales](#)
48. [Sí, hombre alegre](#)
49. [Into the sun](#)
50. [La casa al resplandor del relámpago](#)
51. [El hombre de los consejos](#)
52. [Ese mismo cabello negro que resplandece](#)

53. [Los últimos momentos como los demás](#)
54. [Sobre el autor](#)

Copyright

1

Se cerraban las ventanas a su paso

El relámpago, la lluvia y lo que aprendió. Como que ya no era el tiempo en el que uno podía buscar una felicidad, la que fuera, saltando a un tren cuando aminoraba en las curvas o vagabundeando por caminos secundarios, como naves con el timón roto adrede. Eso le enseñó su viaje, eso y que éste ya no era el mundo en que alguien podía decir: «me voy, a perseguir el sol que se pone y nada más». La gente ya no habla así, la realidad te abofetea si escucha esas cosas.

En ese tiempo que ya no existe, las vidas estaban hechas de elegir senderos a ciegas, de conocer en ellos a otros que buscan lo mismo y que ninguno sepa qué es exactamente. Y al encontrarse en el camino los reconoces de esa manera en que se reconoce a un igual. Entonces, cada uno de esos vagabundos alegres pone un poco de comida, de bebida y de historias, y celebras que no estás solo y que otra vez un sol rojo se esconde, pero antes te mira y eso es la vida: camino y celebración. Seguir andando y leer *On the road* en los descansos bajo los árboles y que esa sea la única Biblia; esa y de vez en cuando la chica bo-

nita que viaja en la misma deriva que tú. Dos cuerpos se agarran en medio de la corriente para que ésta no se los lleve o lo haga juntos, y a la mañana siguiente, otra vez a correr tras el sol. Cada uno lo hará por su lado y seguirá buscando eso que no sabes qué es, pero sabes que necesitas.

En ese camino y ese tiempo que ya no existen, vivía la gente que se miraba en el espejo, ponía la mano en el cristal tapando el rostro y pedía el deseo de no conformarse. Eso hacía él por las mañanas y un día lo cumplió y se marchó, aunque no fue porque el coraje vino a verle, es que no tuvo otra opción.

Miró a todas partes mientras andaba, pero los poetas errantes de los libros habían desaparecido de los caminos, como si hubieran sido de niebla y se deshicieran al mediodía. La maldita niebla. Viajó casi siempre solo y sospechó pronto que todo aquello era un bonito engaño. En los libros había soñadores libres y vagabundos poblando el camino, que a ratos podían mirar alrededor y decir: «somos tan felices». Pero en otros libros también había héroes o amor y eso nunca hizo que existieran tampoco. Eso se dijo una de las mil noches miserables, en la que no hubo techo ni compañía.

Durante el viaje le fue imposible conseguir algo sin dinero, sobre todo gramos de voluntad o confianza. Y no había chicas con almas libres y caras bonitas, caminando por donde querían y amando a quien querían: sin riendas, sin reproches, sin ropa y sin nada. Excepto Sara, claro, que Sara rompía esa norma como rompía todas las normas. Tampoco encontró fiestas míticas de soñadores en lugares no marcados, llenas de música y un caos alegre. Fiestas que nadie sabe quién organiza, ni quién limpia después y no importa.

Los eternos buscadores se marcharon a sus casas. Ahora en los caminos encuentras cabrones y desahuciados, los que perdieron por la droga, por apostar que les iría mejor,

porque la economía es una zorra o porque alguien les usó y tiró. Nadie renuncia a un hogar y se va sin saber adónde, para encontrar no sabes qué, esa es la definición del loco. Si existió aquel romanticismo, murió de viejo y de fracaso y los caminos son ahora de los depredadores y los tocados por la puta suerte.

Quedan también los que juegan a vagabundos en vacaciones y en quince días, un mes o tres, dicen que marchan a encontrarse y luego vuelven a sus casas calientes y a los trabajos que les matan. De los que buscaban la libertad y eran hermanos, ni rastro.

Y aunque todo eso lo aprendió pronto en su largo viaje, dio igual porque ya no podía volver atrás. Descubrió también que pocos coches se paraban si levantabas el dedo y que dormir bajo las estrellas era incómodo y reptan cosas entre los pliegues de la ropa. Le mintió esa promesa de que tenía que haber algo más en la vida y te sonreía esperando al final de un sendero no marcado. Eso le pareció justo, porque él también le mintió al camino.

Dijo —dijo a nadie, porque no hubo despedida—, que se marchaba sin rumbo y a buscar lo que no cabe en ninguna palabra. En realidad sí tenía una dirección, la dirección de ella. Cruzó el país como los errantes de aquellos libros que mentían. Pensaba que al final del camino la encontraría y que en el camino encontraría no sabía qué, pero a lo mejor era eso que se supone que hace que todo merezca la pena.

Y ahora, tras demasiadas cosas que parecen sueños borrosos, llega a su destino y en los talones lleva a la noche y la tormenta. La lluvia cae sobre el pueblo como un dios furioso y el último de los trotamundos cruza calado las calles angostas, que suben y bajan. El viento agita la cascada de lluvia como las cortinas de casa. Los habitantes del pueblo miran por los resquicios de las ventanas, porque un forastero en la noche chapotea por sus callejones, hechos cauce de riachuelos. Nadie le conoce y nadie con un hogar

camina en medio de una tormenta así, de modo que lo vigilan hasta que desaparece por una esquina y luego echan el cerrojo a las contraventanas. Él no se detiene, la vista en el suelo inundado y revuelto por las gotas furiosas. Sus botas se ahogan, le dicen que ya no pueden más, por favor, que le han llevado muchos kilómetros y están rotas y cansadas, pero aún luchan para que no entre el agua y pierden. Mirar al frente es inútil, se ve poco entre los chorros y cuando enfila la última calle, intuye la casa a la que siempre quiso llegar. Es ese momento, la luz se va en todo el pueblo.

Cae una oscuridad honda sobre él como si fuera una trampa. Es una oscuridad que las ciudades ya no recuerdan y que pintaría todas las estrellas si no hubiera tormenta. No le da miedo esa negrura, la ha visto muchas veces en el camino y tampoco le hace falta luz ni mirar al frente. Cada día de su viaje estudió ese pueblo en el mapa que ha guardado bien. Se sabe de memoria las casas y cómo atravesar el laberinto de calles, aunque no las imaginó tan estrechas. Podía rozar las paredes encaladas de ambas orillas con sólo abrir los brazos y eso hizo a veces, rompiendo más la cortina de lluvia para tocar algo parecido a un hogar.

Ahora, en la oscuridad rota a relámpagos, las casas están separadas a lo largo de la última calle del pueblo, esa que se convierte en camino allá adelante. Entre los hogares se intuyen jardines vallados, pequeños huertos y árboles que miran al cielo, pensando si el siguiente rayo es el que les partirá. Él está encima de la equis de su mapa y la tormenta eas ciudades ya no recuerdan y que pintaría todas las estrellas si no hubiera tormenta. No le da miedo esa negrura, la ha visto muchas veces en el camino y tampoco le hace falta luz ni mirar al frente. Cada día de su viaje estudió ese pueblo en el mapa que ha guardado bien. Se sabe de memoria las casas y cómo atravesar el laberinto de calles, aunque no las imaginó tan estrechas. Podía rozar las paredes encaladas de ambas orillas con sólo abrir los brazos y

eso hizo a veces, rompiendo más la cortina de lluvia para tocar algo parecido a un hogar.

Ahstá encima de él. Se detiene ante el número treinta y cuatro y levanta la vista del suelo, empantanado y revuelto. Bajo el destello del rayo es una casa grande y roja en medio de un jardín, tras una muralla baja de piedra y tela metálica, que no detendrá a quien quiera pasar. La verja de entrada está cerrada y es que ya no son horas. Se queda parado delante de lo que siempre imaginó y cuando el cielo no se agrieta con relámpagos, apenas ve la casa entre la lluvia y las tinieblas. Hay resplandores temblorosos de velas tras las ventanas y una de las de arriba tiene que ser la de ella, pero no consigue distinguir nada.

Él ha llegado y también la mezcla de logro y melancolía del que consigue lo que quiere tras esperar tanto. Saborea el momento como hizo con algunos buenos que hubo en el camino, pero la emoción fugaz del instante en que consigues las cosas no la puedes atrapar y cuando la mira, ya vive en el pasado. Él es una silueta oscura que aparece a la luz del relámpago y si alguien se asoma a las ventanas de la casa que siempre imaginó, se asustará. Hay un extraño a sus puertas en medio de la tormenta, parece un loco asesino y él es sólo la mitad de eso.

Ha de encontrar un lugar en el que pasar la noche y a esas horas, en esa tempestad, es cosa difícil. Pero eso ya lo sabe, el camino también se lo enseñó otras veces.

El relámpago, la lluvia y lo que aprendió. Como que ya no era el tiempo en el que uno podía buscar una felicidad, la que fuera, saltando a un tren cuando aminoraba en las curvas o vagabundeando por caminos secundarios, como naves con el timón roto adrede. Eso le enseñó su viaje, eso y que éste ya no era el mundo en que alguien podía decir: «me voy, a perseguir el sol que se pone y nada más». La gente ya no habla así, la realidad te abofetea si escucha esas cosas.

En ese tiempo que ya no existe, las vidas estaban hechas de elegir senderos a ciegas, de conocer en ellos a otros que buscan lo mismo y que ninguno sepa qué es exactamente. Y al encontrarse en el camino los reconoces de esa manera en que se reconoce a un igual. Entonces, cada uno de esos vagabundos alegres pone un poco de comida, de bebida y de historias, y celebras que no estás solo y que otra vez un sol rojo se esconde, pero antes te mira y eso es la vida: camino y celebración. Seguir andando y leer *On the road* en los descansos bajo los árboles y que esa sea la única Biblia; esa y de vez en cuando la chica bonita que viaja en la misma deriva que tú. Dos cuerpos se agarran en medio de la corriente para que ésta no se los lleve o lo haga juntos, y a la mañana siguiente, otra vez a correr tras el sol. Cada uno lo hará por su lado y seguirá buscando eso que no sabes qué es, pero sabes que necesitas.

En ese camino y ese tiempo que ya no existen, vivía la gente que se miraba en el espejo, ponía la mano en el cristal tapando el rostro y pedía el deseo de no conformarse. Eso hacía él por las mañanas y un día lo cumplió y se marchó, aunque no fue porque el coraje vino a verle, es que no tuvo otra opción.

Miró a todas partes mientras andaba, pero los poetas errantes de los libros habían desaparecido de los caminos, como si hubieran sido de niebla y se deshicieran al mediodía. La maldita niebla. Viajó casi siempre solo y sospechó pronto que todo aquello era un bonito engaño. En los libros había soñadores libres y vagabundos poblando el camino, que a ratos podían mirar alrededor y decir: «somos tan felices». Pero en otros libros también había héroes o amor y eso nunca hizo que existieran tampoco. Eso se dijo una de las mil noches miserables, en la que no hubo techo ni compañía.

Durante el viaje le fue imposible conseguir algo sin dinero, sobre todo gramos de voluntad o confianza. Y no ha-

bía chicas con almas libres y caras bonitas, caminando por donde querían y amando a quien querían: sin riendas, sin reproches, sin ropa y sin nada. Excepto Sara, claro, que Sara rompía esa norma como rompía todas las normas. Tampoco encontró fiestas míticas de soñadores en lugares no marcados, llenas de música y un caos alegre. Fiestas que nadie sabe quién organiza, ni quién limpia después y no importa.

Los eternos buscadores se marcharon a sus casas. Ahora en los caminos encuentras cabrones y desahuciados, los que perdieron por la droga, por apostar que les iría mejor, porque la economía es una zorra o porque alguien les usó y tiró. Nadie renuncia a un hogar y se va sin saber adónde, para encontrar no sabes qué, esa es la definición del loco. Si existió aquel romanticismo, murió de viejo y de fracaso y los caminos son ahora de los depredadores y los tocados por la puta suerte.

Quedan también los que juegan a vagabundos en vacaciones y en quince días, un mes o tres, dicen que marchan a encontrarse y luego vuelven a sus casas calientes y a los trabajos que les matan. De los que buscaban la libertad y eran hermanos, ni rastro.

Y aunque todo eso lo aprendió pronto en su largo viaje, dio igual porque ya no podía volver atrás. Descubrió también que pocos coches se paraban si levantabas el dedo y que dormir bajo las estrellas era incómodo y reptan cosas entre los pliegues de la ropa. Le mintió esa promesa de que tenía que haber algo más en la vida y te sonreía esperando al final de un sendero no marcado. Eso le pareció justo, porque él también le mintió al camino.

Dijo —dijo a nadie, porque no hubo despedida—, que se marchaba sin rumbo y a buscar lo que no cabe en ninguna palabra. En realidad sí tenía una dirección, la dirección de ella. Cruzó el país como los errantes de aquellos libros que mentían. Pensaba que al final del camino la encontraría y que en el camino encontraría no sabía qué, pero a lo me-

jor era eso que se supone que hace que todo merezca la pena.

Y ahora, tras demasiadas cosas que parecen sueños borrosos, llega a su destino y en los talones lleva a la noche y la tormenta. La lluvia cae sobre el pueblo como un dios furioso y el último de los trotamundos cruza calado las calles angostas, que suben y bajan. El viento agita la cascada de lluvia como las cortinas de casa. Los habitantes del pueblo miran por los resquicios de las ventanas, porque un forastero en la noche chapotea por sus callejones, hechos cauce de riachuelos. Nadie le conoce y nadie con un hogar camina en medio de una tormenta así, de modo que lo vigilan hasta que desaparece por una esquina y luego echan el cerrojo a las contraventanas. Él no se detiene, la vista en el suelo inundado y revuelto por las gotas furiosas. Sus botas se ahogan, le dicen que ya no pueden más, por favor, que le han llevado muchos kilómetros y están rotas y cansadas, pero aún luchan para que no entre el agua y pierden. Mirar al frente es inútil, se ve poco entre los chorros y cuando enfila la última calle, intuye la casa a la que siempre quiso llegar. Es ese momento, la luz se va en todo el pueblo.

Cae una oscuridad honda sobre él como si fuera una trampa. Es una oscuridad que las ciudades ya no recuerdan y que pintaría todas las estrellas si no hubiera tormenta. No le da miedo esa negrura, la ha visto muchas veces en el camino y tampoco le hace falta luz ni mirar al frente. Cada día de su viaje estudió ese pueblo en el mapa que ha guardado bien. Se sabe de memoria las casas y cómo atravesar el laberinto de calles, aunque no las imaginó tan estrechas. Podía rozar las paredes encaladas de ambas orillas con sólo abrir los brazos y eso hizo a veces, rompiendo más la cortina de lluvia para tocar algo parecido a un hogar.

Ahora, en la oscuridad rota a relámpagos, las casas están separadas a lo largo de la última calle del pueblo, esa que se convierte en camino allá adelante. Entre los hogares se intuyen jardines vallados, pequeños huertos y árboles